



Domingo 30 de abril 2023

¡Un solo día, que dura cincuenta días!

Contenido

I.- El tiempo pascual	1
II.- Un solo día que dura cincuenta días... y dura todo el año a través del domingo	2
III.- Solemnidades en el tiempo pascual	2
IV.- Cristo, centro de nuestra pascua	3
V.- La alegría de la pascua	4
VI.- Preguntas de reflexión	4

"Que la Iglesia y el mundo se alegren, porque hoy nuestra esperanza ya no se estrella contra el muro de la muerte; el Señor nos ha abierto un puente hacia la vida. Sí, hermanos y hermanas, en Pascua el destino del mundo cambió; y hoy, que coincide además con la fecha más probable de la resurrección de Cristo, podemos alegrarnos de celebrar, por pura gracia, el día más importante y hermoso de la historia." (Papa Francisco, Mensaje de pascua y bendición Urbi et Orbi 2023)

I.- El tiempo pascual

Este tiempo es el más importante de todos los tiempos litúrgicos, puesto que celebramos el centro de nuestra fe cristiana, que es la muerte y resurrección de Jesús. El término «Pascua» significa precisamente

«paso», pues Cristo muriendo en la cruz, ha pasado de la muerte a la vida para hacernos pasar con él, elevando así nuestra humanidad a una existencia definitiva y gloriosa. Es la pascua también de la Iglesia, su Cuerpo, que es introducida en la Vida Nueva de su Señor por medio del Espíritu que Cristo le dio el día del primer Pentecostés.

Es importante señalar que el tiempo de Pascua es incluso más importante que la Navidad. De hecho, la Navidad es un preanuncio de la Pascua, por eso la iconografía suele pintar al niño recién nacido como amortajado, expresando que ha nacido para entrar en la muerte y resucitar. Lo mismo expresa por ejemplo la mirra, ofrecida por los magos de oriente al recién nacido.

Este tiempo se inaugura en la Vigilia Pascual y se celebra durante siete semanas hasta Pentecostés. Este tiempo dura pues cincuenta días (en griego = «pentecostés», vividos y celebrados como un solo día). "Los cincuenta días que van desde el domingo de Resurrección hasta el domingo de Pentecostés han de ser celebrados con alegría y exultación como si se tratase de un solo y único día festivo, más aún, como 'un gran domingo'". (Normas Universales sobre el Año Litúrgico y sobre el Calendario, 22).

II.- Un solo día que dura cincuenta días... y dura todo el año a través del domingo

La victoria de Cristo sobre la muerte es un hecho tan grande que no basta un día para celebrarlo. Por eso la Iglesia quiere celebrarlo ininterrumpidamente durante cincuenta días y también cada domingo del año, llamado acertadamente «pascua de la semana».

En cuanto al tiempo litúrgico de la Pascua, la Iglesia ha querido insistir en el carácter unitario de estas siete semanas, retomando lo que dice el salmo 117, y que se repite mucho en este tiempo y muchos domingos durante el año en la liturgia de las horas: «Este es el día en que actuó el Señor...».

Los domingos de Pascua son ocho. El primero, que recibe el nombre de «Domingo de Pascua» es para los cristianos el día más grande del año. Después vienen cinco domingos que continúan la fiesta. El séptimo domingo (o el sexto jueves) se celebra la **fiesta de la Ascensión**. Y, finalmente, el domingo octavo culmina el tiempo de Pascua con el día de **Pentecostés**.

Durante todos los domingos de Pascua, la liturgia celebra el mensaje de la resurrección del Señor, la alegría de la Iglesia por la renacida esperanza, la vida nueva de los neófitos y la acción del Espíritu Santo en la comunidad cristiana. Se trata, en definitiva, de celebrar prolongadamente la Pascua. Recordemos que la fiesta principal del año no es el Viernes Santo, sino el Domingo de Resurrección.



III.- Solemnidades en el tiempo pascual

Una **solemnidad** es la celebración de más alto grado de importancia dentro de las celebraciones litúrgicas que realiza la Iglesia Católica, es reservada a los misterios principales de la fe. Tienen prioridad ante cualquier ocasión incluso si es el día domingo, solo se pospone una solemnidad si ésta cae en un domingo de Adviento, Cuaresma, Pascua o el miércoles de Ceniza o Semana Santa

Además de la solemnidad del domingo de resurrección durante el tiempo pascual el calendario litúrgico incluye tres solemnidades muy importantes:

La fiesta de la divina misericordia



Se celebra el segundo domingo de pascua y tiene como fin principal hacer llegar a los corazones de cada persona el siguiente mensaje: Dios es Misericordioso y nos ama a todos ... "y cuanto más grande es el pecador, tanto más grande es el derecho que tiene a Mi misericordia" (Diario, 723). En este mensaje, que Nuestro Señor nos ha hecho llegar por medio de Santa Faustina, se nos pide que tengamos plena confianza en la Misericordia de Dios, y que seamos siempre misericordiosos con el prójimo a través de nuestras palabras, acciones y oraciones... "porque la fe sin obras, por fuerte que sea, es inútil" (Diario, 742).

La ascensión del Señor

El jueves siguiente al domingo sexto de Pascua se celebraba la fiesta de la Ascensión del Señor, ocurrida a los cuarenta días de la Pascua. Aunque ha sido trasladada en casi todos los países al Domingo VII de Pascua, porque el jueves no es día festivo. De todos modos, esta fiesta no rompe la unidad del tiempo pascual y sigue conservando el simbolismo de la cuarentena: como el Pueblo de Dios anduvo cuarenta años en su Éxodo de Egipto hasta llegar a la tierra prometida, así Jesús cumple su éxodo pascual en cuarenta días de apariciones y enseñanzas hasta ir al Padre (Hch 1, 3).



Pentecostés

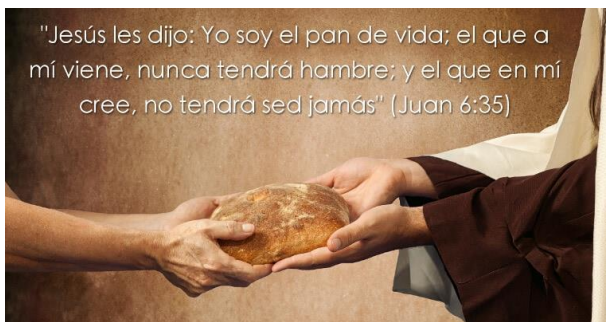
Es el segundo domingo más importante del año litúrgico en donde los cristianos tenemos la oportunidad de vivir intensamente la relación existente entre la Resurrección de Cristo, su Ascensión y la venida del Espíritu Santo.

Todo el tiempo de Pascua es, también, tiempo del Espíritu Santo, Espíritu que es fruto de la Pascua, que estuvo en el nacimiento de la Iglesia y que, además, siempre estará presente entre nosotros, inspirando nuestra vida, renovando nuestro interior e impulsándonos a ser testigos en medio de la realidad que nos corresponde vivir.

IV.- Cristo, centro de nuestra pascua

Cristo resucitado sigue siendo el centro de nuestra fiesta, en el evangelio, Jesús quiere que captemos su persona, su misterio, su misión, que creamos en el que Dios ha enviado, nos va conduciendo hacia la verdadera fe: "yo soy la luz", "yo soy el camino", "yo soy la verdad", "yo soy la vida", "yo soy el pastor", "yo soy el pan que da la vida eterna".

Se nos da como Pan de vida. Eso es la Eucaristía: Un Dios que se regala como se regala un pedazo de pan. Cristo nos vio, y nos ve, y tal vez nos seguirá viendo con hambre, mucha hambre y sed. Hambre y sed de felicidad, de vida, de paz y de amor. Hambre, también, de cambiar, de ser fiel, de ser distinto. Entonces Él pensó: "Necesitan un pan espiritual, un pan especial, y, si yo me hago ese pan, calmarán su hambre de todo". Y así, Cristo es la vida, y comemos la vida; Cristo



"Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás" (Juan 6:35)

es la verdad, la felicidad, la paz, y, al comerlo a Él, comemos la vida, la verdad, la felicidad y la paz.

Tenemos todo en ese pan de la Eucaristía, pero hay que tomarlo con fe. Cuando nos sentimos enfermos, vamos al médico; cuando tenemos hambre, vamos a buscar pan; cuando tenemos sed,

vamos a buscar agua, y, cuando por dentro en el alma sentimos hambre y sed, ¿a dónde vamos?, ¿a Jesucristo?, ¿a ese pan de la vida? Ojalá podamos decir como San Pedro: "Señor ¿a donde iremos? Solo tu tienes palabras de vida eterna".

V.- La alegría de la pascua

1. Ser cristiano, es creer en la resurrección de Cristo. No somos cristianos por el hecho de creer en la cruz, en el sufrimiento y en la muerte. Somos cristianos porque creemos en la resurrección, en la liberación, en la vida y en la alegría. En el fondo de nuestro corazón hemos de tener la seguridad de que toda prueba se transforma en gracia, toda tristeza en alegría, toda muerte en resurrección. El verdadero cristiano es incapaz de vivir al margen de la alegría.

2. Muchas tentaciones de resistir. Aceptar creer en la alegría es aceptar renunciar a nosotros mismos, a nuestra experiencia, a nuestra desconfianza, a nuestras quejas. Y nuestra alegría es la medida de nuestro apego a Dios, a la confianza, a la esperanza, a la fe. Nuestra negativa a la dicha es nuestra negativa a Dios. Dios ocupa en nuestras vidas el mismo lugar que la alegría.

3. Los padres de la Iglesia decían que no hay más que un solo medio para curar la tristeza: dejar de amarla. Creer en Dios es creer que Él es capaz de hacernos felices, de darnos a conocer una vida que deseamos prolongar por toda la eternidad. Porque, para muchos de nosotros, la cuestión difícil no está en saber si tenemos fe en la resurrección, sino en saber si sentimos ganas de resucitar.

4. Por eso, la fe en la resurrección no puede brotar más que de un amor verdadero. Cristo nos ha dado a conocer ese amor que no pasa: "La fe y la esperanza pasarán, pero la caridad vive para siempre". Nuestra fe, nuestra esperanza de resucitar para nosotros y para los demás, depende estrechamente de nuestra capacidad de resurrección, están a la medida de nuestra fuerza de amar.

5. Para que podamos experimentar una vida de amor y de fe, tenemos que morir a nuestras faltas, a nuestras tristezas y a nuestros resentimientos. No existe Pascua para nosotros, si no aceptamos morir en esa zona de nuestra propia alma en la que estamos demasiado vivos: en nuestras agitaciones, nuestros temores, nuestros intereses, nuestro egoísmo. Y si no aceptamos resucitar en esa zona en la que estamos demasiado muertos: resucitar a la paz, a la fe, a la esperanza, al amor y la alegría.

6. No existe Pascua sin una buena confesión: un morir a nosotros mismos, a nuestros caprichos que son nuestros pecados, para resucitar a la voluntad de Cristo, que es amor, esperanza, renovación, cariño.

7. No existe Pascua sin una comunión pascual: un salir de nuestras costumbres, de nuestro pan y nuestra vida, para saborear otro pan, otra vida, un pan de la sinceridad, de entrega a los demás, una vida de amor, de fe y de alegría. Eso es la fiesta de Pascua: un cambio de vida, un pasar de esta vida nuestra a otra admirable, maravillosa, que será nuestra vida para siempre, en la casa del Padre celestial.

VI.- Preguntas de reflexión

1. ¿En qué medida soy un cristiano alegre?
2. ¿Soy capaz de renunciar a mis caprichos por amor a Cristo?
3. Comer el pan del cielo es creer en Jesús.
¿Cómo me ayuda eso a vivir mejor la eucaristía?

